



PUERTO RICO: APARIENCIAS Y REALIDADES

ROBERTO SÁNCHEZ VILELLA
RECINTO UNIVERSITARIO DE MAYAGÜEZ, UNIVERSIDAD DE
PUERTO RICO, 17 DE ABRIL DE 1969

Miembros del Consejo de Estudiantes de este Recinto, profesores, estudiantes, amigos todos:

Me siento muy complacido por la invitación que me hiciera el Consejo de Estudiantes para conversar con ustedes sobre las realidades del país en el momento actual y, también, sobre las apariencias que, a veces, disfrazan esas realidades. No todo es como aparenta ser en el Puerto Rico de hoy, y lo que es realidad, a veces no se percibe. Por ser ustedes —los jóvenes y los universitarios— los que han de asumir ya sus responsabilidades en nuestro desarrollo futuro como pueblo, es de vital importancia que sepan discernir entre las apariencias y las realidades de ese desenvolvimiento, de la situación actual del país. Es necesario, también, pues, lo que hoy son sólo apariencias, pueden convertirse en la realidad.

Lo que he de plantearles no es de carácter partidista: es de urgencia para todos los puertorriqueños. Las elecciones del 5 de noviembre pasado nos han arrojado a una situación que está amenazando nuestra sobrevivencia como pueblo, como cultura;

en fin, como nación. Digo nación, pues creo que es tiempo ya de que reconozcamos que lo somos, no por virtud de riquezas, ni de poderío militar, ni aún por virtud de tener representación en organizaciones internacionales. Puerto Rico es nación por virtud de sus hombres y mujeres, por virtud de sentirnos uno, por los lazos de lengua y de historia común que nos unen en experiencias e ideales.

La realidad puertorriqueña del presente arranca del dato que el poder político del país, tanto en la Rama Ejecutiva como en la Legislativa, está en manos de personas para quienes nuestra sobrevivencia como pueblo es de poca importancia. Tanto en un partido como en el otro, se hacen propuestas, se aceptan imposiciones y se toman pasos que nos llevan, cada día más, a una asimilación total. Esta es la realidad. Tanto en la Fortaleza como en el Senado, se escuchan diariamente proposiciones que son pasos hacia la estadidad. De Fortaleza hemos escuchado que la estadidad es inevitable, que se gestionará un nuevo plebiscito, que podremos tener una estadidad "jíbara". Del Partido Popular nos proponen que Puerto Rico contribuya al gobierno federal, que los puertorriqueños votemos por el Presidente y el Vicepresidente, que aumentemos nuestra representación en el Congreso. También proponen unirse al Partido Demócrata norteamericano.

Sin embargo, los verdaderos retos a nuestro entendimiento residen en aquellas gestiones que se hacen supuestamente con otros propósitos, pero que tienen como meta la asimilación. Como he dicho en otra ocasión, el liderato se puede ejercer para aumentar la confianza de un pueblo en sí mismo, o para destruir esa confianza. En los primeros tres meses de la nueva administración, hemos vivido un intento consciente y metódico para destruir la fe en los puertorriqueños, en su propia fuerza y en su propia creatividad.

Este intento lo hemos visto manifestarse en muchas formas distintas. Vimos al Gobernador, una y otra vez, citar los poderes maravillosos de un computador electrónico que es capaz

de guiar nuestro destino, lo escuchamos cuando le dijo al pueblo que él iría a Washington cada sesenta días a pedir ayuda de las agencias federales, cuando dijo que sería el Negociado Federal de Investigaciones el que resolvería nuestro problema de las bombas, y que habrían de traerse expertos de los Estados Unidos para bregar con los fuegos en la caña. Lo hemos visto en relación a los mataderos, donde se aceptaron gustosamente normas federales sin siquiera un intento de desarrollar guías y criterios ajustados a nuestras realidades. Todo esto es parte de una actitud política y espiritual que pone al puertorriqueño en una postura de permanente inferioridad.

Aun cuando la realidad es otra, esto que hoy es sólo apariencia podría tornarse en realidad. Todo este intento de restarle confianza al pueblo en sí mismo y en sus instituciones se disfraza con una cortina de humo, con una retórica sobre la eficiencia en el Gobierno, con una alabanza ingenua a los adelantos tecnológicos, con menciones oportunistas de la cultura puertorriqueña, mientras que la realidad es otra. El Gobernador Ferré ha dicho que Puerto Rico puede ser estado [federado] y preservar, a la misma vez, sus valores; que el idioma no se verá afectado. En fin, que podremos anexarnos sin ser asimilados. Su concepto de la “estadidad jíbara” es un intento de confundir al puertorriqueño, pues él tiene que saber que la tendencia en el federalismo americano ha sido, no la de aumentar la autonomía estatal, sino más bien la de reducirla. Esto ha sido así, no sólo en lo concerniente a los aspectos fiscales, donde la situación de los estados es crítica, sino en otras áreas de las relaciones entre los estados y el gobierno central. Los estados han perdido importancia por muchas razones, que no creo sea este el momento para discutir, excepto a grandes rasgos.

El presupuesto federal refleja, cada vez más, los compromisos del país en el ámbito internacional. Los gastos de la defensa y los relacionados cada año aumentan su proporción del total del presupuesto. Siendo este el caso, quedan menos recursos disponibles para aquellos programas tan necesarios para resol-

ver los problemas sociales del país. La crisis financiera de los estados se hace cada día mas crítica, así como su inabilidad para resolver sus problemas se hace más aguda. La crisis financiera viene acompañada de unas tendencias, cada vez más claras, hacia una centralización en la determinación de las normas y los criterios que han de regir los programas de bienestar, de salud, de educación, de adiestramiento y otros tipos de programas. La autonomía estatal se desvanece. Estas son las realidades que pretenden esconder de los puertorriqueños aquellos que tienen como objetivo primordial, no el bienestar del pueblo, sino la asimilación; aquellos que ponen en primer plano la estadidad, y al pueblo de Puerto Rico en segundo.

Para mí la base fundamental de nuestra sobrevivencia como pueblo tiene dos dimensiones. La primera es la igualdad, lo cual no precluye la asociación entre pueblos sobre unas bases de respeto y cooperación mutua; por el contrario, la hace más viable y realista. La segunda es la necesidad de contar con las condiciones para el mejoramiento económico de nuestra isla. Cuando el país es pequeño, se hace necesario poder compartir con otros países los mercados, se hace necesario tener acceso a las economías industriales. Esto es lo que ha impulsado la integración entre países en distintas partes del mundo. En América Central ya el Mercado Común es una realidad. Al unirse lo que eran antes unidades políticas independientes en una comunidad de naciones, se aumenta la soberanía del conjunto, aún cuando cada uno de los miembros se desprende de alguna de las que le correspondía. Estas tendencias, en el mundo moderno, son irreversibles. La tecnología y las comunicaciones entre países y continentes nos hacen ciudadanos del mundo. Los graves problemas con que nos enfrentamos muchas veces trascienden las fronteras nacionales. Es dentro de este marco de referencia que nos tenemos que desarrollar como pueblo, no pensando en las fórmulas del pasado, en dogmas que ya no tienen pertinencia en el mundo actual. Sin embargo, tampoco podemos asumir una postura pasiva ante el intento de destruir nuestra razón de

ser como sociedad. La asociación puede ser deseable; la asimilación nunca lo es.

Estas son, pues, algunas de las realidades —y de las apariencias— con las cuales tenemos que confrotarnos en los próximos años. Ciertamente no proveen satisfacción a los que queremos la sobrevivencia de Puerto Rico como algo más que una entidad jurídica, o “meca turística”.

El problema del status, aunque de vital importancia para nosotros, no es el único. No es el único ámbito en el cual nos enfrentamos con una situación difícil y que requiere la atención de todos nosotros. Esto es así en cuanto a las políticas de desarrollo económico, a todo lo que tiene que ver con la justicia social, con la educación, tanto a los niveles primarios y secundarios como en la educación superior. Vivimos en un momento en que se intenta, por distintos medios, de confundir al pueblo, de hacerla vivir de apariencias mientras se le esconde la realidad.

Recientemente, ustedes habrán leído en la prensa del país del interés del actual gobierno en desarrollar el turismo como medio para estimular el desarrollo económico del país. En realidad, parece ser un deseo de promover el bienestar de los puertorriqueños. Ciertamente, el turismo tiene potencial como fuente de empleo. Sin embargo, surgen dos preocupaciones con relación al énfasis que se le dará a este sector. Primero, el tipo de empleo que se crea no es el más provechoso, ni es el tipo que debemos proponer como meta. Lo que ocurriría sería que Puerto Rico se convertiría, rápidamente, en una economía de servicio, y los puertorriqueños, en meros servidores. A mi entender, las implicaciones sociales de este paso deben considerarse con gran cuidado. La preocupación mayor, sin embargo, la causa el que este cambio en énfasis tiene otras motivaciones.

Sabemos que la base del desarrollo económico de Puerto Rico ha sido su programa de industrialización y que este ha sido impulsado por un programa de incentivos, algo que nos ha sido posible por contar con la autonomía fiscal. Mientras esto

sea así, podremos continuar con un vigoroso desarrollo industrial —aún cuando sea necesario modificarlo— tan necesario para la economía. Mientras el proceso de industrialización sea parte importante de nuestro crecimiento, el mantenimiento de la autonomía fiscal se hace imperante y, por lo tanto, imposible la estadidad. El cambio en énfasis de industria a turismo que se está haciendo patente es un paso para hacer a nuestra economía más receptiva a la estadidad. Los costos sociales que pueda ocasionar este cambio parecen ser de poca importancia para la administración. Otra vez, la realidad es una; las apariencias, otras.

La política social del país también refleja unas realidades que no responden a las apariencias. Se pretende decirle al país que el partido de gobierno es uno comprometido con la justicia social. Se habló de que los humildes serían los primeros. La legislación que habrían de someter sería legislación para beneficiar a nuestras clases menos privilegiadas. Sin embargo, aún cuando se han mantenido las apariencias, las realidades, en este caso, como en otros, son distintas. Sí han propuesto unos aumentos en los sueldos de servidores públicos y han propuesto algunas medidas similares. Pero examinen bien la legislación y las acciones del Ejecutivo, examinen sus propuestas.

Quizás el contraste más claro entre las apariencias y las realidades lo provee el caso de la Administración de Compensación por Accidentes de Automóviles. Esta medida, que está encaminada a beneficiar a nuestros ciudadanos menos favorecidos, ha sido rechazada por la Administración. Las razones que ofrecieron para querer posponer la implementación de esta Ley, que fue combatida por las compañías de seguros y también por el Presidente del Senado, es que le costaría a cada conductor una cantidad de dinero. También dijeron que la administración anterior no había hecho los nombramientos a la Junta de esa Administración. Otra vez un intento, en lo primero, de amedrentar y confundir al pueblo con la amenaza de un costo

adicional. En lo segundo, se trata de un engaño, de falsear la verdad.

Pero las realidades se manifiestan, se hacen sentir. Un partido que asume el poder con una campaña en que el desempleo es uno de los problemas importantes a resolver, prácticamente deja sin fondos a la agencia llamada a combatir el desempleo. Han confundido el paternalismo de años pasados con la verdadera justicia social. Así, fuerzan a los trabajadores a trabajar en los campos de caña, cerrándole las puertas en los empleos del gobierno. ¿Para beneficio de quién se tomó esta medida? Ciertamente, no para el beneficio de los trabajadores, sino más bien para el beneficio de las centrales azucareras. Esto nos trae recuerdos de la década de los treinta y de antes.

Y este gobierno que asume el poder con promesas de justicia social es también el que introduce unos conceptos de eficiencia en el funcionamiento de las agencias que sólo causará una disminución en los servicios de éstas. Así, han dicho que, en San Juan, la Autoridad Metropolitana de Autobuses es deficiente por tener pérdidas, como si se tratara de una empresa cualquiera. ¿Qué se proponen hacer: aumentar las tarifas? ¿O quizás vender la Autoridad a una empresa privada? Quizás es que no entienden que esta agencia es algo más que una proveedora de servicios de transportación, que aumentar las tarifas impondría un gasto adicional a nuestras familias de ingresos bajos. Nos hablan de la necesidad de que el gobierno sea eficiente —y debe serlo—, pero no debe imponerse un criterio de ganancias que perjudique sus servicios al pueblo. No podemos medir el beneficio social de las empresas del gobierno como se mide el de una empresa particular: a base de pesos y centavos.

En otros niveles, el esfuerzo por crear imágenes se ha hecho obvio. Así, se pronosticó la zafra más grande en el año actual, y resultó que va a ser de las más pequeñas. Cuando la huelga portuaria, el Gobernador creó la impresión de que él estaba tomando pasos y que estaba en conversaciones para resolverla, pero nunca dijo qué pasos ni con quién había hablado. Se trata

de crear una impresión de acción, cuando no la hay; de previsión, cuando lo que hay es improvisación. Se sustituye la acción verdadera por el activismo de la palabra. Se quiere crear la impresión de que a agencias tales como el Instituto de Cultura se le han aumentado los fondos, cuando lo contrario es lo correcto.

Estas son, pues, algunas de las apariencias y las realidades; esta es la situación del país. Los problemas que plantea son de suma urgencia para todos nosotros y sobre todo para los miembros de las nuevas generaciones, pues lo que hoy se está haciendo afectará nuestro futuro en forma decisiva. Es cierto que la administración nueva lleva tan sólo tres meses en el poder, pero me parece que ya existen suficientes razones para que nos preocupemos. Ustedes los universitarios tienen una especial responsabilidad por entender bien las realidades de nuestro país, como también de entender las realidades de su universidad.

El pueblo de Puerto Rico ha invertido muchos de sus recursos en ustedes, en su inteligencia, en su capacidad para servir al país. Ustedes, que han de ser profesionales en distintas actividades, tienen una gran responsabilidad ante este pueblo. Son ustedes, más que nadie, quienes tienen que proveer el liderato en nuestro desarrollo como sociedad. Como parte de esa responsabilidad, les toca desenmascarar los mitos y las imágenes falsas, les toca analizar y evaluar los sucesos que ocurren día a día en Puerto Rico.

Parte importante también es que sepan reconocer el verdadero liderato, que no se dejen confundir por aquellos que pretenden fabricar un liderato a base de sonrisas, de discursos y de relaciones públicas; aquellos que pretenden sustituir sustancia por imagen. El liderato verdadero es aquel que se enfrenta a los problemas importantes del país, no es el que se deja llevar por unas corrientes de opinión pública que pueden ser pasajeras. En fin, para asumir el liderato hay que tener convicciones, hay que tener un compromiso con ideas y principios.

La búsqueda de la verdad es la función primordial de la educación universitaria. Esto requiere una dedicación al estudio y al aprendizaje por parte de todos: los estudiantes, los profesores y también de aquellos en posiciones administrativas. Es la única forma en que podemos mantener la autonomía universitaria, la cual, a su vez, es la única garantía de que la universidad habrá de realizar su cometido. Por eso causa preocupación lo que el Rector del Recinto Universitario de Río Piedras llamó: “la fascinación irresistible que parece ofrecer la universidad a algunos políticos y la política partidista a algunos dirigentes universitarios”. Mientras algunos de los que ocupan posiciones de liderazgo en las universidades utilicen su posición como “trampolín de aspiraciones políticas” —citando, nuevamente, las palabras del Rector Díaz González—, la autonomía universitaria se verá amenazada. Los que así lo hacen, no le sirven al país, no le sirven bien a ustedes.

Se ha escrito mucho sobre la revolución de la juventud en los últimos años, así como de la brecha de las generaciones. A mi entender, la brecha existe sólo entre ideas y entre los proponentes de ideas. No miro a la juventud actual como un grupo que aún no ha alcanzado la madurez de los mayores y que, con el tiempo, habrán de sentar cabeza y seguir nuestro patrón. La juventud de hoy es una que ha vivido su vida bajo condiciones muy especiales y algo tenebrosas. Como dije, no hace mucho, el Profesor Wald, de Harvard: la juventud actual es una que no está segura de que tiene un futuro. Esto es así pues se ve amenazada por la guerra, por el servicio militar obligatorio, por la amenaza de un conflicto nuclear y por mucho más que todo eso: por las duplicidades de aquellos que ostentan el poder social y político. La juventud se siente al margen de la historia, y eso es lo que ha causado toda esta revolución de que se habla.

Aquí, en Puerto Rico, nos hemos sentido aislados de algunas de estas presiones que se sienten en otros países, de las amenazas que están presentes. Nuestros líderes nunca se han preocupado por aspectos que trascienden nuestras costas, a

veces por temor a consecuencias políticas, a veces por no querer reconocer lo obvio, a veces por llana ignorancia.

Padecemos de una enfermedad que, por mucho tiempo, nos hizo sacar de circulación palabras en el lenguaje político y que también nos hizo no querer ver los problemas vitales de nuestra civilización. Por ejemplo, los jóvenes puertorriqueños están tan afectados por la guerra de Vietnam y por el servicio militar obligatorio como lo están los de California, Maine y Vermont. Como puertorriqueños, en asociación con los Estados Unidos, no hay razón por la cual nuestros jóvenes deban ser obligados a servir sin la aprobación del pueblo de Puerto Rico. Nuestra posición en cuanto a esto es clara: no debe aplicar en Puerto Rico ley alguna sin el consentimiento específico de los puertorriqueños.

Lo que les presento no es una solución fácil ni es una promesa de cambio inmediato. Lo que les presento es la oportunidad de que ustedes mismos se forjen el futuro que desean, pues son ustedes los que tienen más derecho a hacerlo: es su futuro. El Partido del Pueblo es un partido joven por la composición de sus afiliados. Buscaremos las formas de que sea también un partido joven por sus ideas y sus concepciones de la problemática del país. Lo concibo como un instrumento de servicio a la comunidad, y no tan sólo como una estructura para sostener candidaturas y ganar elecciones, aunque, siendo necesario, lo haremos. Será un medio de estimular la verdadera participación de los puertorriqueños en el diseño de sus vidas, de organizar y desarrollar nuestra comunidad. En esta tarea contamos con ustedes.

Muchas gracias.